

estaban los más fuertes con todas sus pertenencias sobre los burros, las mulas y los caballos. Los pasamos, y cuanto más lejos íbamos, aún más penosa a la vista, se hacían los espectáculos. Miles de niños, contamos unos cinco mil de menos de diez años, y al menos, mil de ellos iban descalzos y, muchos de ellos, cubiertos con una sola prenda. Estos iban recolgados de los hombros de sus madres o agarrados a sus manos. Aquí había un padre que iba tambaleándose con dos niños, uno de un año y otro de dos años, sobre sus espaldas, además de estar cargando cazos y sartenes, junto con alguna valuada pertenencia. El incesante torrente de gente llegó a ser tan denso, que apenas podíamos forzar el coche entre medio. A ochenta y ocho kilómetros de Almería nos suplicaron que no fuésemos más lejos, ya que los fascistas estaban justo detrás.

Por entonces habíamos pasado al lado de tantas mujeres y niños afligidos que pensamos que lo mejor era volver y comenzar a poner a salvo los peores casos. Era difícil elegir cuales llevarse, nuestro coche era asediado por una multitud de madres frenéticas y padres que con los brazos extendidos sujetaban hacia nosotros sus hijos, tenían los ojos y la cara hinchada y congestionada tras cuatro días bajo el sol y el polvo.

"Llévese a éste", "miren este niño", "éste está herido". Los niños envueltos de brazos y piernas con harapos ensangrentados, sin zapatos, con los pies hinchados aumentados de dos veces su tamaño, lloraban desconsoladamente de dolor, hambre y agotamiento. Doscientos kilómetros de miseria. Imagínense, cuatro días y cuatro noches, escondiéndose de día entre las colinas, ya que los bárbaros fascistas los perseguían con aviones, caminaban de noche agrupados en un sólido torrente, hombres, mujeres, niños, mulos, burros, cabras, gritando los nombres de sus familiares desaparecidos, perdidos entre la multitud. Cómo podíamos elegir entre llevarnos a un niño muriéndose de disentería o entre una madre que nos contemplaba silenciosamente con los ojos hundidos llevando contra su pecho a un niño nacido en la carretera hacía dos días. Ella se había parado de caminar durante diez horas solamente.

Aquí había una mujer de sesenta años incapaz de seguir arrastrándose para dar un paso más, sus gigantescas piernas hinchadas con úlceras y varices sangrando dentro de sus rotas sandalias de trapo. Muchas ancianas abandonaban simplemente esta lucha, se tendían a los lados de la carretera y esperaban la muerte.

Decidimos llevarnos primero a los niños y a las madres, pero luego la separación entre padre e hijo, marido y mujer se hizo demasiado cruel para poder soportarla. Acabamos por llevarnos a las familias con mayor número de hijos pequeños, y a los niños solitarios de los que había centenares, sin padres. Llevábamos a treinta o cuarenta personas en cada viaje durante tres días sucesivos a Almería, al Hospital del Socorro Rojo Internacional, donde recibían cuidados médicos, comida y ropa. La inagotable devoción de Hazen Sise y de Thomas Worsley, conductores del camión, salvó muchas vidas. Se alternaban para conducir día y noche, ida y vuelta, durmiendo en medio de la carretera entre viaje y viaje, sin comida, excepto pan seco y naranjas.

Y ahora viene la barbarie final. No contentos con bombardear y ametrallar a esta procesión de campesinos indefensos, a lo largo de esta larga carretera, en la tarde del día 12 cuando el pequeño puerto de Almería estaba repleto de refugiados, habiendo aumentado en población el doble, cuando unas cuarenta mil personas exhaustas alcanzaron un puerto de lo que ellos pensa-

ban que era seguridad, fuimos masivamente bombardeados por aviones fascistas, alemanes e italianos. La sirena dio la alarma treinta segundos antes de que cayera la primera bomba. Estos aviones no hacían esfuerzo alguno por alcanzar los barcos de guerra del Gobierno que estaban en el puerto ni por bombardear las barricadas. Estos lanzaron deliberadamente diez grandes bombas en el centro mismo de la ciudad, donde en la calle principal, dormían apiñados sobre la calzada, de tal forma que apenas sí podía pasar algún coche, los exhaustos refugiados. Después de que hubiesen pasado los aviones recogí en mis brazos a tres niños muertos de la calzada, justo enfrente del Comité Provincial para la Evacuación de Refugiados donde habían estado esperando en una larga cola a que les dieran una taza de leche y un puñado de pan seco, era el único alimento que algunos tomaban durante días. La calle parecía una verdadera carnicería, llena de muertos y de moribundos, alumbrada solamente por el resplandor anaranjado de los edificios en llamas. En la oscuridad, los lamentos de los niños heridos, los chillidos de las madres agonizantes, las maldiciones de los hombres, iban elevándose en un solo grito masivo, alcanzando un tono de intolerable intensidad. Uno mismo sentía su cuerpo tan pesado como el de los muertos, pero vacío y hueco, y uno sentía su cerebro arder con una intensa luz de odio. Aquella noche fueron asesinadas cincuenta personas de entre la población civil y unas cincuenta más fueron heridas. Hubo dos soldados matados.

Ahora bien, ¿cuál era el crimen que esta indefensa población civil había cometido para ser asesinada de este modo tan sangriento? Su único crimen era que habían votado para elegir un Gobierno de personas encargadas de la más moderada mitigación de la abrumadora carga de siglos de codicia capitalista. La cuestión había sido ya abordada, ¿por qué no se habían quedado en Málaga esperando la entrada de los fascistas? Sabían lo que iba a ocurrirles a sus hombres y mujeres, lo mismo que les había pasado a tantos otros en las demás ciudades apesadas. Todo varón entre 15 y 60 años que no pudiera demostrar que no había sido forzado a ayudar al Gobierno, sería inmediatamente fusilado. Y es el conocimiento de todos estos hechos lo que concentró a dos tercios de toda la población española en una cuarta parte del país y lo que aún sostuvo la República" (13).

## 5. LA POESIA Y EL EXODO

Los poetas, los dramaturgos, hicieron del éxodo de la carretera de Málaga a Almería el tema de sus sentimientos y de su obra.

Bertolt Brecht, en su obra de teatro *Los fusiles de la madre Carrar*, escribía:

"José: ¿Vienes de Motril, tío Pedro? ¿Cómo andan las cosas allí?

El Obrero: Oh, no muy bien. Y ustedes, ¿cómo se encuentran aquí?

La Madre: Puede ir.

José: ¿Partiste hoy de allá?

El Obrero: Sí.

José: Son cuatro horas largas, ¿verdad?

El Obrero: Y también más, porque las calles están llenas de refugiados que quieren llegar a Almería...

El Cura: ¿De qué sector llega usted?

El Obrero: De Málaga.



El Cura: ¿Es espantoso allá, verdad?  
El obrero fuma en silencio.

El Obrero: Tal vez le pueda simplificar la pregunta si le recuerdo los sucesos de Málaga.

El Cura: Sé a qué se refiere. ¿Pero está seguro de que en Málaga no hubo resistencia?

El Obrero: Usted sabe que cincuenta mil fugitivos, hombres, mujeres y niños, que se encontraban en el camino a doscientos kilómetros de Almería, fueron segados por los cañones de los barcos, por las bombas y las ametralladoras de los aviones de Franco.

El Cura: Eso podría ser una noticia inventada.

El Obrero: La señora Carrar y sus hijos no levantan la mano contra Franco. ¿Entonces la señora Carrar y sus hijos están a salvo?... (14).

Por su parte, el poeta peruano César Vallejo en su poema "España, aparta de mí este cáliz" se lamentaba de la siguiente forma:

"Málaga sin padre ni madre,  
ni piedrecilla, ni horno, ni perro blanco!

¡Málaga sin defensa, donde nació mi muerte dando pasos  
y murió de pasión mi nacimiento!

¡Málaga, caminando tras de tus pies, en éxodo,  
bajo el mal, bajo la cobardía, bajo la historia  
cóncava, indecible,  
con la yema de tu mano: tierra orgánica!  
¡Y la clara en la punta del cabello: todo el caos!

¡Málaga huyendo  
de padre a padre, familiar, de tu hijo a tu hijo,  
a lo largo del mar que huye del mar  
a través del metal que huye del plomo,  
al ras del suelo que huye de la tierra  
y a las órdenes ¡ay!  
de la profundidad que te quería.

¡Málaga a golpes, a fatídico coágulo, a bandidos,  
a cielazos,  
andando sobre duro vino, en multitud,  
sobre la espuma lila, de uno en uno,  
sobre el huracán estático y más lila (15).

Rafael Alberti lo contó así:

"Por aquí la alegría corrió con el espanto  
por este lardo y duro  
costado que sumerges en la espuma  
fue el Calvario de Málaga a Almería  
el despiadado crimen  
todavía —¡oh, vergüenza!— sin castigo" (16).